

**LA REVISIÓN DE *ARIEL*
EN EL URUGUAY DE LOS VEINTES**

Wilfredo Penco

Tal vez por lo sesgado de la perspectiva (y la documentación), se creyó, durante algún tiempo, que *Ariel* había irrumpido en la vida cultural iberoamericana con un éxito rotundo y sin tardanza, tanto en su difusión como en su recepción crítica. Con cierta dosis de efectismo, y en un prólogo por otra parte ponderado, Emir Rodríguez Monegal sostenía aun en 1957 que, con *Ariel*, “la popularidad [de Rodó] fue inmediata”⁽¹⁾.

Sin embargo, cinco años antes, hace ya media centuria, en oportunidad del cincuentenario de esa obra clave engarzada entre dos siglos, Carlos Real de Azúa, el mayor y más incisivo estudioso de su resonancia y trascendencia a lo largo de las cinco primeras décadas, se encargó de demostrar (en un minucioso trabajo que todavía permanece inédito)⁽²⁾ que ni *Ariel* había alcanzado en 1900 una repercusión continental definitivamente abarcadora ni las opiniones recogidas en los primeros meses y años que siguieron a su publicación registraron el tono de la unanimidad laudatoria.

Como se ha señalado varias veces, Rodó puso en circulación su breve libro con empeño propagandístico. Y aunque desde su aparición, en febrero de 1900, las librerías montevideanas contaron con un buen número de los setecientos ejemplares impresos, fue el autor quien mejor distribuyó la inicial edición de Dornaleche y Reyes. Con paciencia, fervor y la íntima convicción de que su prédica requería de una sostenida estrategia difusora, se dirigió a decenas de corresponsales que integraban, en gran parte, una lista de suscriptores de la *Revista Nacional de Literatura y Ciencias Sociales*, que sobre todo pertenecían a países iberoamericanos y a España. A ellos hizo llegar el trabajo en el que tanto confiaba “para la educación de las democracias de América y [...] para

(1) Emir Rodríguez Monegal, Prólogo a *Ariel* en: *Obras Completas* de José Enrique Rodó. Madrid, Aguilar, 1957 [segunda edición: 1967].

(2) Anteo [Seud. de Carlos Real de Azúa], *Significación y trascendencia literario-filosófica de Ariel*. [1950] [inédito] [147 folios]. Colección José Pereira Rodríguez. Archivo Literario, Departamento de Investigaciones. Biblioteca Nacional. Montevideo, Uruguay.

orientar y definir el espíritu de su juventud”, como consignó en la dedicatoria a Miguel Cané.

La lentitud de los medios de comunicación existentes para saltar considerables distancias, incidió en la demora de respuestas y, sobre todo, en la sedimentación del conocimiento que se procuraba con tanta disciplina para los fines publicitarios. A pesar de tales inconvenientes, el libro terminó imponiéndose en los sectores hacia los que Rodó había orientado su mensaje, y en particular en algunos medios intelectuales y entre los estudiantes iberoamericanos, quienes, inspirados por el discurso de Próspero a sus discípulos, organizaron altisonantes congresos sucesivos, entre otros, en Montevideo (1908), Buenos Aires (1910) y Lima (1913).

La cuidadosa divulgación de *Ariel* dio sus frutos con el correr de los años y de esos resultados no fue ajeno el respaldo –ese sí temprano– obtenido en España entre algunas de las figuras intelectuales más relevantes de la hora, como Leopoldo Alas (*Clarín*), Juan Valera, Miguel de Unamuno, Rafael Altamira, Eduardo Gómez de Baquero. El prestigio alcanzado se propagó por América, sin prisa ni pausa, acompañando ediciones locales (en Santo Domingo, La Habana, Monterrey, México), antes aun de que en Valencia la casa editorial Sampere diera a conocer el título en 1908, con circulación de predominio comercial.

En las dos orillas del Plata aparecieron los primeros juicios, decididamente favorables (uno sin firma en *El País* de Buenos Aires el 21 de febrero de 1900, otro de Constantino Becchi en *La Tribuna Popular* al día siguiente). Ese fue solo el comienzo de una secuencia que habría de continuar hasta las vísperas de la propia muerte de Rodó y seguiría de largo, con diversas intermitencias, rutinas, revisiones y redescubrimientos a lo largo del siglo, aunque fueron los años de su muerte y de la repatriación de sus restos los que constituyeron el tiempo de la apoteosis. Aquellos artículos iniciales marcaron, además, un tono apologético que habría de escalonarse, no siempre dentro de fronteras, con más burocrático esfuerzo que despliegue de imaginación y de matices. No obstante los aplausos, homenajes, reconocimientos que Rodó cosechó en vida (de los que tomó cumplida nota) y siguieron resonando después de 1917; a pesar de la euforia y la devoción en que se incurrió, con persistencia, desde el mismo año en que dio a publicidad *Ariel*, su personalidad quedó expuesta a la controversia.

Sin necesidad de tomar en cuenta la nota agresiva que Antonio Monteavaro dio a conocer en *El Mercurio de América* ⁽³⁾, a la que Real

(3) *El Mercurio de América*, 3 de abril de 1900, citado por Real de Azúa, op. cit.

de Azúa calificó de insultante, “frenética y perturbada”, el mero repaso de algunos de los textos que examinaron la obra con interés, permite verificar objeciones, reservas, reticencias, discrepancias de diverso orden.

Juan Valera indicó muy temprano la vaga índole de los ideales pregonados por Rodó, así como la “injusta severidad” con que había subrayado los defectos de la sociedad norteamericana. Otros, como José de la Riva Agüero y hasta su compatriota andino, el tan fervoroso rodoniano Francisco García Calderón, discutieron la oportunidad de la prédica arielista a favor del ocio intelectual. Alberto Nin Frías, Max y Pedro Henríquez Ureña, Juan Carlos Blanco y otros contemporáneos, también consignaron observaciones y diferencias matizadas cuando no establecieron cuestionamientos específicos o directos. Todo esto, por supuesto, en el marco de una consideración general favorable al difundido trabajo del escritor uruguayo.

El dominio de una línea crítica de alcance apologético marginó las discriminaciones o distancias esbozadas desde la primera hora. Fue necesario esperar a los años finales de la segunda década del siglo, hasta después de la muerte de Rodó, cuando su celebridad nacional se convirtió en índice de su definitiva incorporación canónica, para que la reacción ante sus libros, su prédica, su significación, se manifestase en forma articulada, en algunos casos con preciso objetivo revisionista, y en todos los alineables, aun de modo parcial, en tales parámetros, consecuencia del quiebre o la clausura –como quiera llamársele– de un proceso cultural que asumía nuevas alternativas, en medio de profundos cambios sociales, políticos y económicos. El mundo en que Rodó había desarrollado concepciones estéticas y morales, en un lenguaje y una sensibilidad característicos, más allá de la proyección de repeticiones y ecos, había fenecido con él y con el final de la Gran Guerra.

El primer balance abarcador de signo adverso provino de la otra orilla del Plata, del margen porteño y, curiosamente, fue incluido en un número especial de la revista *Nosotros* en homenaje al escritor uruguayo que acababa de desaparecer. Alfredo Colmo arremetió contra Rodó⁽⁴⁾, aun reconociéndolo “como el primer crítico literario” en tierras argentinas y uruguayas, dueño de “un estilo [...] irreprochable en la riqueza de su vocabulario, en lo escultural de su frase y en lo sereno y musical de sus períodos”. Como adelanto de lo que serían otras oposiciones a la producción rodoniana, Colmo salva, pues, la labor de Rodó en tan-

(4) Alfredo Colmo, “La filosofía de Rodó”, en *Nosotros*, Buenos Aires, Año XI, Tomo XXVI, N° 97, 1917. pp. 173-185.

to crítico de literatura y los aspectos estéticos de su lenguaje especulativo.

En lo demás, acumula y sintetiza cuestionamientos de variada intensidad. Entre ellos se destacan los que refieren a un “capital psicológico y filosófico [que estima] reducido” en *Proteo*; la formulación de consejos morales y normas de conducta sin indicar “el *modus operandi*, los medios y formas de ponerlo en práctica”. Colmo concluye, con cierto desdén, en recriminación de un acusado intelectualismo: “Estamos enfermos en estos países de prédicas y pontificados así. Necesitamos y queremos menos maestros y más hombres de acción, clamamos mucho más por constructores que por predicadores”.

En cuanto a *Ariel*, trabajo que identifica como el mejor de Rodó, desde el punto de vista filosófico, no le concede, sin embargo, la prebenda de la originalidad ni en “el ideal de belleza que allí predica” ni en lo que denomina el “antidemocratismo” y el “antiyanquismo” del autor.

El argentino hace particular hincapié en la supuesta inadaptación o inoportunidad de los planteos arielistas, en la que los críticos más severos de la prédica rodoniana habrán de hacer caudal, reclamando, a la vez, una visión humana más comprensiva (sin la remisión de exclusividad al predominio de un “ideal de belleza” que le reprochan) y una suerte de “calibanismo” previo, imprescindible, en estas tierras, para los designios perseguidos. Alfredo Colmo lo indica de este modo: “Predicar ideales estéticos en países que no han salido de la larva de lo más fisiológico e inmediato, en países en que hay que empezar por aprender a ser un *buen animal*, como dice Emerson, para poder luego ser hombres y buenos ciudadanos, se querría comenzar por lo último, por ser buenos *estetas*. Para mí eso no tiene sentido”.

Las observaciones de Alfredo Colmo tuvieron repercusión en los círculos intelectuales del Río de la Plata y, varios años después, un rodoniano de estirpe como José Pereira Rodríguez, recordaría esa crítica implacable⁽⁵⁾.

Alberto Lasplaces y Alberto Zum Felde tuvieron muy presentes los comentarios del argentino a la hora de abordar la personalidad de Rodó. Los dos críticos fueron los portavoces iniciales de la reacción antiarielista en Uruguay. Con apenas escasos meses de diferencia en sus respectivos comentarios, y sin alusiones recíprocas, ambos dedicaron esfuerzos y

(5) Dice Pereira Rodríguez: “Desde la Argentina, Alfredo Colmo lanzó su primer dardo heridor”, en *Escolios a una apasionada revisión de Rodó*. Apartado de la Entrega IV, Tomo III de los *Anales de la Enseñanza Secundaria*. Montevideo, setiembre de 1938. p. 3.

argumentos con el fin de demoler el magisterio proclamado por admiradores y discípulos.

Zum Felde explicó una década más tarde que, con motivo de la repatriación de los restos de Rodó, se habían celebrado “las exequias más grandiosas que haya visto el país”. Aquellos días, recordó, fueron “de ciego culto idolátrico y de hipérbole laudatoria” y los calificativos más fervorosos y desmesurados “llenaban la boca de los oradores, caían de la pluma de los periodistas, se sembraban en las escuelas infantiles y en las aulas universitarias, eran oficialmente acuñados en los documentos del Gobierno, y se propagaban, sobresaturando todo el ambiente psíquico del país, hasta sus más quietos rincones, al ser repetidos, con perfecta ignorancia, por la multitud, en aquella ocasión, como en todas, movida por las sugerencias de la prensa”⁽⁶⁾.

Vale la pena anotar, de pasada, que este crítico de Rodó, al evocar las circunstancias en las que publicó su exégesis, pone de manifiesto una concepción sobre las muchedumbres o multitudes, muy similar a la que se le reprocharía al autor de *Ariel* por aristocratizante o incomprensiva de la participación y el protagonismo de los sectores populares, en las que serían denominadas, justamente, como sociedades de masas. El estudio de Alberto Lasplaces lleva como fecha abril de 1919 y está recogido en *Opiniones literarias*, libro publicado ese mismo año⁽⁷⁾. Las notas de Zum Felde fueron apareciendo en sucesivas ediciones de *El Día* del 4, 8, 11, 15 y 18 de octubre de 1919 y, con algunos ajustes de texto, las reproduce el capítulo dedicado a Rodó de *Crítica de la literatura uruguaya*⁽⁸⁾. Sobre la misma base, pero atenuadas algunas aristas beligerantes de su enfoque, Zum Felde incluye las páginas correspondientes en el *Proceso intelectual del Uruguay* (1930)⁽⁹⁾, las que asimismo habrán de ser sometidas a nuevas precisiones contextualizadoras en las ediciones siguientes de 1941 y 1967⁽¹⁰⁾.

(6) Alberto Zum Felde, “Revisión de Rodó”, en *La Pluma*, Año II, Vol. 5, marzo de 1928. pp.7-9.

(7) Alberto Lasplaces, *Opiniones literarias (Prosistas uruguayos contemporáneos)*, Montevideo, Claudio García, 1919: pp. 77-139.

(8) Alberto Zum Felde, *Crítica de la literatura uruguaya*, Montevideo, Maximino García, 1921. pp. 145-165.

(9) Alberto Zum Felde, *Proceso intelectual del Uruguay y crítica de su literatura*. Montevideo, Imprenta Nacional Colorada, 1930 (3 tomos). El trabajo sobre Rodó está incluido en el tomo II.

(10) Se trata de Montevideo, Editorial Claridad, 1941 (volumen único)/ Montevideo, Ediciones del Nuevo Mundo, 1967 (3 tomos).

Lasplaces, del mismo modo que Zum Felde, estuvo vinculado en esos años al diario *El Día*, que orientaba el dos veces presidente uruguayo José Batlle y Ordóñez, de quien Rodó, no obstante su filiación colorada, se había distanciado desde los inicios de la década y se había convertido en adversario militante.

Las diferencias que cada uno de los críticos expuso sobre la obra rodoniana, y en particular sobre *Ariel*, no tuvieron otra plataforma que la ideológica y la estética. A pesar de que también se refirieron con criterio discrepante a la trayectoria política de Rodó, solo un fundamento muy superficial y estrecho habilitaría la aviesa insinuación de atribuir a los autores de dichos cuestionamientos, motivaciones larvadas en provincianos enconos de la lucha partidaria.

Sin embargo, se ha señalado a estos dos autores –y a otros que también serán examinados–, como formando parte de una “escuela detractora de Rodó” (“escuela” cuya necesaria organicidad no ha sido objeto de demostración) y asimismo se ha sostenido, con igual cortapisa, que “el ostracismo que pesó sobre el Rodó político contribuyó, y tal vez dio pie, por la ignorancia real sobre este aspecto de su personalidad, a que surgiera la *leyenda negra* del *Rodó conservador*, determinando la otra especie de su ostracismo: el intelectual”. Y se agrega, descalificando, más que con argumentos con supuestas motivaciones: “No fue ajeno el interés de círculo de los afectados por la pugna entre los dos colosos: el coloso político que fue Batlle y el coloso intelectual que fue Rodó”⁽¹¹⁾.

El orden de censuras que Zum Felde y Lasplaces exponen se relaciona con los objetivos revisionistas perseguidos y evidenciados con la tensión llevada al máximo, en el marco de un esquema binario que se abastece de afirmaciones y negaciones. Si, como ha destacado Real de Azúa, “la admiración y el repudio son los extremos del espectro valorativo, desde la hora misma de *Ariel*”⁽¹²⁾, el paso del tiempo operará en el registro de matices sobre una obra que desmiente su conciliadora virtualidad con una índole tan profundamente polémica, como habrán de comprobarlo los cien años siguientes.

Cuando la muerte de Rodó, ocurrida apenas dos años antes, había clausurado definitivamente la posibilidad de nuevas contribuciones propias en el plano de las alternativas, las aclaraciones y las vigencias,

(11) Hugo Torrano, *Rodó: acción y libertad. Restauración de su imagen*. Montevideo, Barreiro y Ramos, 1973. pp. 22 y 72.

(12) Carlos Real de Azúa, “El problema de la valoración de Rodó”, en *Cuadernos de Marcha*, N° 1, Montevideo, mayo de 1967, pp. 71-80 y en *Historia visible e historia esotérica*, Montevideo, Calicanto, 1975, pp. 137-156.

quedó en manos de la recepción crítica la exclusividad de respuestas. No puede, entonces, llamar la atención que, justamente, la primera revisión articulada se publicite en esa instancia, simultáneamente al aluvión apologético, en una oportunidad incitadora de contraposiciones globalizadoras.

El crítico de *Opiniones literarias* considera que *Ariel* es “una divagación erudita que no dejó detrás de sí, sino el recuerdo de algunos conceptos felices vertidos en frases brillantes”. Reconoce como “vértices” de su doctrina “el buen gusto, la suavidad, el horror por lo vulgar y lo grosero, el cultivo del reino interior, el ocio que debe ser pensar, soñar y admirar”. Y explica la suerte del libro en los casi veinte años transcurridos, en función de la imagen de solidez intelectual que Rodó proyectaba desde trabajos anteriores, imagen destacada en un “ambiente de fáciles improvisadores, de perezosos imaginativos, de infecundos iconoclastas”.

En la categorización de reproches lanzados sobre *Ariel*, otra vez Real de Azúa identifica una línea de enfrentamiento que llama “modernizador” y en la que se señalan como objeciones predominantes el “clasicismo” de Rodó, “su *desinterés*, su énfasis en la contemplación, su hostilidad a *lo vulgar*, su intelectualismo”, y se anotan también “varias discordias en torno a los célebres pasajes sobre los Estados Unidos y a lo contraproducente de la lección de Próspero”. En esta categoría Real de Azúa ubica a la que denomina “muy agria” revisión de Alberto Lasplaces que “da casi a la perfección el tipo”⁽¹³⁾.

En una simplificación del programa de Rodó, el crítico revisionista lo reduce al esquema de “la supremacía del alma sobre la materia”. Alude, además, a características de la personalidad del autor en última instancia negativas pues, según Lasplaces, revelan “el horror por lo detonante, lo nervioso y lo inesperado” y una tendencia a la recluirse como opción vital (“para la vida Rodó tuvo siempre una mirada aviesa, como de reojo”, anota con expresividad), con lo cual procura mostrar la esterilidad e incompatibilidad de ese cuadro en relación con la juventud, propicia a los desbordes y desafueros, como destinataria del mensaje y el magisterio.

Acusado de “indecisión”, de “falta de virilidad y energía”, de exceso de intelectualismo, la clave de esta crítica radica en atribuir a Rodó incomprensión (o desconocimiento) de la complejidad de “los problemas que perturban la conciencia de la humanidad contemporánea”. A partir de ese centro, Lasplaces cuestiona, con diversidad de énfasis, entre otros,

(13) Carlos Real de Azúa, “El problema de la valoración de Rodó”, op..cit.

los enfoques de Rodó sobre la especialización en la división del trabajo, el sentido de utilidad material, la dicotomía entre Ariel y Calibán, la importancia de los instintos, el predominio del número en las sociedades democráticas y el posible encumbramiento de los mediocres, la conciliación de cristianismo y helenismo, la gravitación de Norteamérica.

Al juicio sobre Estados Unidos, desarrollado en la tercera y última parte de *Ariel*, “la más importante de todas”, según Lasplaces, le presta particular atención. Y no solo intenta desafectar las reservas que Rodó estableció sobre la sociedad estadounidense, sino que también asume como su decidido defensor y hace de esa potencia un ejemplo de energía y fecundidad, “digno de imitación”. Desacredita a Rodó tildándolo, en variados contextos, de infantil, prejuicioso, conservador, reaccionario, inepto, destructivo, omiso, dogmático, en un examen de empinada dureza, sin duda el más agresivo que *Ariel* recibiera a la fecha (salvando las distancias) desde el temprano exabrupto de Monteavaro. En esta parte, Lasplaces analiza los problemas de la tradición, el ocio, el utilitarismo, el desinterés, todos invocados por Rodó, y pone de manifiesto una perspectiva con la que otros severos cuestionadores de la prédica arielista no comulgaron.

Uno de los aspectos más interesantes en el que vale la pena detenerse está en la crítica que se condensa en esta sorprendente paradoja: “Rodó aconseja el ocio en el país de la pereza”. Para Lasplaces, “la prédica de la utilidad fisiológica y espiritual del descanso, del abandono higiénico y refrescante [...] es contraproducente y absurda en sociedades como las nuestras corroídas por una excesiva e infecunda pereza en todos los órdenes de la vida”. En este punto Lasplaces recoge una observación que ya habían formulado José de la Riva Agüero y en particular Francisco García Calderón, quien, en *La creación de un continente*, había discrepado con el maestro uruguayo por aconsejar “el ocio clásico en repúblicas amenazadas por una abundante burocracia”⁽¹⁴⁾.

A pesar de su menos desarrollada argumentación y su carga de hostilidad algo más diluida, los artículos de Alberto Zum Felde sobre Rodó fueron, como ha señalado Uruguay Cortazzo, “una verdadera detonación”⁽¹⁵⁾. A ese impacto contribuyó el medio utilizado por el crítico para dar a conocer sus opiniones. A diferencia de Lasplaces, que había difundido sus puntos de vista en libro, Zum Felde recurrió al diario *El Día*, de masiva circulación, en sucesivas entregas. Y

(14) Francisco García Calderón, *La creación de un continente*. París, Librería Paul Ollendorff, [1912] p. 98

(15) Uruguay Cortazzo, *Zum Felde, crítico militante*. Montevideo, Arca, 1981, p. VII.

logró el efecto que buscaba: marcar el comienzo de un período de revisión sistemática, del que fue uno de los propagandistas más contundentes.

Salvo su condición de crítico literario, los otros títulos que se le habían acreditado a Rodó fueron puestos en la picota. Zum Felde no aceptaba al pensador, al estilista, al ideólogo, al maestro. Le reconocía, en cambio, su representatividad (con las virtudes y los defectos) de la cultura hasta entonces imperante en América Latina.

Los contrastes entre Norte y Sur, las circunstancias históricas de su recepción crítica en España, para la que *Ariel* sirve a modo de consuelo después de la derrota en Cuba, explican la exitosa suerte que envuelve al discurso de Próspero, según Zum Felde, fortuna que no se hubiera justificado por “los valores intrínsecos” del libro.

Un resumen de las observaciones más punzantes que sobre *Ariel* despliega el crítico de *El Día* en sus artículos, podría incluir: la vaguedad conceptual, los convencionalismos, el tributo a Renán y su filiación francesa, la ingenuidad corroborante de valores clásicos del latinismo, la reiteración de orientaciones tradicionales en un tono magisterial, el eclecticismo que lleva al quietismo, la renuncia a la acción. Para rebajar aun más la eficacia del discurso de Próspero, la califica como “alocución de carácter liceal” y subraya la falta de originalidad ideológica en Rodó: “no aporta ideas ni observaciones propias: glosa literariamente las ya establecidas”.

Aunque le concede el mérito como novedad literaria, subraya la esterilidad de su prédica (al igual que Lasplaces), la abstracción de sus formulaciones y, en lo que es una recriminación constante de casi todos los antiarielistas, sostiene que sus conceptos no tocan “nunca el suelo concreto y áspero de la realidad, donde la vida humana se debate y se esfuerza”. Insiste, además, en el carácter “libresco” de Rodó, en su “ensimismamiento reflexivo”, ajeno y lejano a la vida de los hombres. El marcado desconocimiento psicológico de la complejidad humana se confirma, también, como una de las objeciones más recurridas. Acusado de optimista falaz, diletantista y declamador, falto de energía y dinamismo, las “exigencias vitales” del tiempo en el que Zum Felde escribe (al igual que Lasplaces) se constituyen en argumento central para dejar a Rodó en un pasado al que había rápidamente que superar. A diferencia de su compañero de ruta, Zum Felde, en cambio, rescata el libro del 900, “en el momento en que apareció”, por lo que pudo significar (“aunque su esencia fuera falaz”, aclara) como “afirmación del latinismo hispanoamericano ante la aplastante realidad de la América sajona. Ese significado histórico debe reconocérsele”.

Apenas ese reconocimiento, y el de su trabajo como crítico literario (con alguna aclaración), es todo lo que Zum Felde admite al tiempo que cuestiona también el estilo por carecer de lo que llama “sensibilidad material”. Por otra parte, califica a su prosa como “embalsamada”, aunque después lo reconocería, en el *Proceso Intelectual del Uruguay*, como “el primer prosista que, en lengua castellana, escribe sin énfasis oratorio”⁽¹⁶⁾.

También en su libro de 1930, explicita con más detenimiento el valor de *Ariel* por haber aportado, “a su manera, un elemento de idealidad moral y estética, al frío y seco positivismo científico de la hora”. Acepta, además, que “casi toda la crítica [...] acerca de los Estados Unidos [...] se mantiene en pie, con pocas variantes”. Y aunque sigue considerando al libro como “un producto demasiado literario”, y a *Ariel* como “un símbolo envejecido”, concluye, a tres décadas de la publicación del tercer tomo de “La Vida Nueva” y a poco más de una de su crítica inicial, que “el puesto de Rodó está aún vacante”.

A estos juicios de Zum Felde y Lasplaces solo salió al cruce una figura intelectual contemporánea a ambos, el poeta Emilio Frugoni, discípulo declarado de Rodó y legislador socialista, cuyo segundo libro de poesía, *De lo más hondo* (1902), había sido prologado por el autor de *Motivos de Proteo*. Con sumo respeto hacia los “detractores”, a los que elogia como “soberbio espíritu de espada desnuda, relampagueante al sol” (Zum Felde) y “crítico de certera agudeza e intención modernísima” (Lasplaces)⁽¹⁷⁾, reivindica su visión favorable al cuestionado escritor, desarrollada en una conferencia dos años antes⁽¹⁸⁾, y aunque señala como “error” la “prédica de *Ariel* en relación con el momento de su aparición y el medio social y económico al cual se dirigía”, trata de explicarla en algunos de los aspectos debatidos (democracia igualitaria, ascensión de las masas al poder, su afición por “las grandes sombras evocadoras de edades fenecidas”, así como “su aversión a las enormes ciudades modernas”). En un alegato muy sobrio, Frugoni destaca la simpatía del socialista Jean Jaurés por la personalidad de Rodó, sus “aspiraciones de progreso” y su deseo de “días mejores para la suerte de todos los aherrojados de esta vida actual”.

(16) Alberto Zum Felde, *Proceso intelectual del Uruguay*. op. cit., 1930, Tomo II, p. 81.

(17) “El poeta Frugoni y los detractores”, en *La Tarde*, Salto, 6 de noviembre de 1920. p. 3.

(18) “Conferencia pronunciada en el salón de Actos Públicos de la Universidad, bajo los auspicios del Centro Ariel (Fragmentos)”, en *Página Blanca*. Año III, N° 39, Montevideo, junio de 1918.

En *La sensibilidad americana* ⁽¹⁹⁾ y en *El libro de los elogios* ⁽²⁰⁾, Frugoni retomó el tema rodoniano y una vez más declaró su admiración y como antes trató con deferencia la obra del maestro. Pero también dejó sentadas tímidas salvedades como estas: “Rodó no siempre pudo—y eso nos pasa a todos— aplicar exactamente [...] [las] máximas rectoras de la conducta mental a la realidad cotidiana de su existencia. [...] Hay sin duda excesiva generosidad para con la virtualidad moralizadora del arte en el concepto de Rodó, porque no parece probado que la capacidad para sentir la belleza haga por sí sola más buenos a los hombres, así como la difusión del sentido de lo bello no es causa necesaria e infalible de la elevación moral de las sociedades”. A propósito de su modelo de lenguaje también confesó que “a veces se desearía un poco de abandono, de descuido. Un aflojamiento en la tensión severa de la bordona, una momentánea blandura en la mordiente vigilancia del cincel”. Estas moderadas reticencias quedaron consignadas cuando el período de reacción antiarielista se había cerrado.

Si Lasplaces y Zum Felde abren la etapa revisionista en 1919, varios años más tarde se darán a conocer otras opiniones que tienen la doble relevancia de los argumentos que se exponen y de la propia trayectoria de los autores. Se trata, básicamente, de Carlos Quijano, Héctor González Areosa y Gustavo Gallinal, quienes representan la evolución que va desde un entusiasmo inicial, un fervor arielista que se traduce en militancia notoria, hasta las rectificaciones verificadas, también con singularidad en los acentos, una década más tarde.

Los dos primeros fueron activistas del Centro de Estudiantes “Ariel”, agrupación fundada en 1919 después de un proceso de gestación que llevó dos años, en el que se plantearon, desde el inicio, como “fines primordiales [...] desarrollar y propagar, entre la juventud, la cultura literaria, científica y artística, así como prestigiar toda idea noble y pura que amplíe y eleve el ambiente intelectual de nuestros estudiantes” ⁽²¹⁾. Aunque la intención del Centro no fue actuar como gremio estudiantil, la índole de su prédica lo llevaría a incidir particularmente en los ámbitos universitarios. Tuvo como instrumento propagandístico una revista llamada *Ariel*, de la que aparecieron cuarenta y un números entre julio

(19) Emilio Frugoni, *La sensibilidad americana*. Montevideo, Maximino García, 1929. pp. 171-185.

(20) Emilio Frugoni, *El libro de los elogios*. Montevideo, Editorial Afirmación, 1953. [“*Ariel* en el momento de su aparición”, pp. 205-212 y “Presentación del *Ariel* de José Enrique Rodó en Moscú”, pp. 213-234].

(21) Arturo Lerena Acevedo, “Sobre la fundación del centro Ariel”, en *Revista de la Enseñanza Secundaria y Preparatoria*, Montevideo, Año 1, N.º. 3, agosto de 1917, pp. 416-419

de 1919 y junio de 1931. Quijano fue el primer director de la publicación y González Areosa el último.

Como han establecido Caetano y Rilla, “fue al mismo Quijano [al] que correspondió la redacción del programa del Centro y su revista”⁽²²⁾. Como si hubiera sido dictado desde ultratumba por el propio Rodó, el programa dice: “Nosotros levantamos ahora la bandera de Ariel: somos idealistas, confiamos en el poder de la voluntad, pedimos acción, nos mueve el optimismo y defenderemos un concepto de patria que, sin perder el color local, pueda fundirse en el amplio concepto de América”⁽²³⁾. Aunque no podían quedar dudas sobre la filiación programática del Centro, Quijano invocó en forma expresa a Rodó, “cuyas ideas fundamentales –dijo– alimentan nuestra doctrina [...] de reafirmación del ideal frente al desborde utilitario: un ideal ético, un ideal estético y un ideal de verdad, erguidos sobre la perennidad del espíritu”⁽²⁴⁾.

Con motivo del primer aniversario de la muerte de Rodó, el joven Quijano había participado como orador en un homenaje que se tributó el 2 de mayo de 1918, en el teatro Solís, a la memoria del escritor uruguayo. Allí dijo, con acento modernista: “Maestro: todas las rosas de nuestro jardín son tuyas. Toda la gloria en oro de nuestros espíritus triunfales es tuya, tuya”⁽²⁵⁾. En el citado trabajo de Caetano y Rilla se ponen de manifiesto diversas instancias en las que Quijano hizo profesión de fe rodoniana, tanto en artículos como en discursos. El texto que mejor sintetiza esa devoción militante es aquel en el que establece, en tono casi confesional: “Toda nuestra obra, si algo vale, viene directamente de las páginas del Maestro; toda nuestra vida de estudiantes, si algo representa, tiene sabor de emoción, sabor de ensueño, sabor de verdad, el sabor de la enseñanza de *Ariel*”⁽²⁶⁾.

En medio de los estudios universitarios y las actividades políticas y periodísticas, Quijano hizo un lugar central a la prédica arielista hasta su partida a Europa, el 15 de mayo de 1924, con el proyecto de residir un año en París para estudiar economía en la Sorbona. Los años que siguieron representaron cambios muy importantes, de los que dio cuenta puntual, y que lo llevaron a convertir, como ha observado Real de Azúa,

(22) Gerardo Caetano/José Pedro Rilla, *El joven Quijano (1900-1933) Izquierda nacional y conciencia crítica*. Montevideo, Ediciones de la Banda Oriental, 1986. p. 22

(23) *Revista Ariel*, Montevideo, año I, N° 12. p. 4, citado en *El joven Quijano*, op. cit. p. 23.

(24) Ídem nota (23).

(25) En *Página Blanca*, Año III, N° 38. Montevideo, abril de 1918. p. 2.

(26) Carlos Quijano, “Los restos de Rodó”, en *Revista Ariel*. Año I, N° 3, Montevideo, setiembre de 1919, p. 148.

“los preceptos del culturalismo arielista en viva noción de las realidades del contorno (políticas, económicas, sociales) que exigían enfrentamiento y cura”⁽²⁷⁾.

En el marco de la experiencia acumulada en Europa, de una perspectiva del mundo más contrastada y escéptica, se inscribe la carta que Carlos Quijano escribe en París en setiembre de 1927, que se da a conocer ese mismo mes en Montevideo⁽²⁸⁾. Se trata de un texto capital en el período de revisión rodoniana, más que por la novedad de las opiniones emitidas, por la militancia con la que hasta entonces el autor había servido a la causa de Ariel.

Se trata de un análisis breve, sin mayores desarrollos, en el que las observaciones se orientan a discutir la oportunidad de la propaganda arielista y su aplicación en América. La crítica comienza por un examen de la situación del continente, donde se detectan carencias que oscilan entre la pereza, la ignorancia y la miseria. No son nuevos los fundamentos que expone para revisar su posición frente a Rodó. Ya otros habían sostenido, como se ha anotado, que el idealismo arielista no era adecuado a un conjunto de países con tantos inconvenientes y lacras, a un “continente enfermo” (paradigma con reminiscencias del venezolano César Zumeta).

En esa línea, Quijano resume y resalta como contradictorio: “en un continente que todavía no ha sabido ganarse su pan, Rodó predica la educación antiutilitaria, el culto de la belleza; en un continente enfermo de “dilettantismo”, la cultura integral; en un continente enfermo de idealismo y de pereza, el “ocio noble”, la despreocupación del presente; en un continente idolátrico y atrasado, en marcha todavía detrás del “hombre”, el culto del héroe y en un continente que no sabe lo que es democracia y que menos lo sabía en la época de aparición de *Ariel*, cuando las oligarquías y las dictaduras se extendían de Norte a Sur, se lanzan a combatir los presuntos y en todo caso lejanos peligros de aquel régimen”.

Con este diagnóstico, y haciendo hincapié en el problema económico de América Latina, la educación “libresca” del autor de *Ariel* y hasta

(27) Carlos Real de Azúa, *Antología del ensayo uruguayo contemporáneo*. Montevideo, Universidad de la República, Departamento de Publicaciones, 1964. Tomo II. p. 325

(28) Carlos Quijano, “Cartas a un lector. VI carta”, en *El País*, Montevideo, Año IX, N° 3105. 26 de setiembre de 1927. p. 3 col. 7, p. 5 cols. 4 y 5. De la misma manera que los artículos “Los restos de Rodó” (ver nota 26) y “Retorno a Rodó” (ver nota 30), este texto fue recogido en el tomo VI de las Obras de Carlos Quijano: *Cultura, personalidades, mensajes*. Montevideo, Cámara de Representantes, 1992. pp. 167-170.

cierta “afectación” y “ampulosidad” de su estilo, son recriminadas con el cuidado de quien había sido un admirador.

El programa del Centro escrito ocho años antes se troca, ahora, en otro que promueve la lucha por la independencia económica, la adopción de la disciplina del trabajo, el objetivo de la autoexplotación de las propias riquezas. Varios años más tarde, ya reincorporado Quijano al país, en el semanario *Acción*, por él fundado y dirigido, se publica una nota editorial que trae a colación a Rodó y su concepción de la democracia. En ella se le reprocha una “actitud de frío aristocratismo intelectual respecto de las masas” y se lo ubica como intérprete, en América Latina, de “un sector intelectual heterodoxo del liberalismo democrático”, por haber proclamado “frente al movimiento ascensional de las muchedumbres el principio de la jerarquía”. Esta nueva crítica, realizada en los tiempos de la dictadura de Gabriel Terra, a la que Quijano estaba firmemente enfrentado, concluye con lo que podría denominarse como una segunda revisión de Rodó, o resonancia del período antiarrialista de los años veinte. Dice el párrafo final del editorial, con invocación a los “discípulos desilusionados”: “Por eso los que en medio de la crisis buscan hoy orientación, no es en Rodó donde van a encontrarla. Ya se ha señalado que el desvío actual de la juventud respecto del autor de *Ariel* está en que no fue un auténtico maestro porque toda su prédica, sublimada por su arte inimitable, se perdió en vagos idealismos sin aportar ideales concretos”⁽²⁹⁾.

No obstante, este renovado distanciamiento no impedirá que Quijano reconozca, en la siguiente década, la influencia que Rodó ejerció en los años de formación: “Fuimos sus primeros discípulos, y puede que los únicos auténticos, en la alegre alborada que no volverá [...]. Él nos dio el gusto por la aventura, la confianza en la vida, la fe en los ideales rectores, la conciencia de nuestra ciudadanía americana. A los quince y aun todavía a los veinte años, Rodó fue nuestro numen y Ariel nuestro breviario”⁽³⁰⁾.

Estos vaivenes que abastecen los procesos ideológicos sobre la base de los correspondientes desarrollos históricos en los que resultan inscriptos, tuvieron otras manifestaciones representativas a la hora de la relectura de Rodó.

(29) “Rodó y la democracia”, en *Acción*, Montevideo, 8 de abril de 1935. p. 3

(30) Carlos Quijano, “Retorno a Rodó”, en *Marcha*, N° 369, Montevideo, 28 de febrero de 1947, citado por Pablo Rocca: *35 en Marcha (Crítica y literatura en Marcha y en el Uruguay 1939-1974)*. Montevideo, División Cultura de la Intendencia Municipal de Montevideo, 1992. p. 31.

Quijano dio su grito de alerta, con ineludible sentido rectificatorio, en setiembre de 1927. La revista *Ariel*, que había dirigido hasta su viaje a Europa, seguía apareciendo bajo la conducción de Héctor González Areosa (tres años menor que Quijano). Solo tres meses más tarde, en diciembre del mismo año, *Ariel* editorializó con un título sin equívocos, que oficializaba los operados cambios de rumbo: “La revisión de Rodó”⁽³¹⁾. La irregularidad con que se publicaba la revista hizo que la segunda parte de esta puesta al día en materia programática se demorara hasta la entrega siguiente, que solo pudo salir en setiembre de 1929, casi dos años más tarde⁽³²⁾. Las críticas de González Areosa presentan algunos puntos de contacto con las de Quijano y las de antiguos adversarios. Sin embargo, los textos del director de la revista *Ariel* matizan con pulcritud algunos aspectos considerados en la formulación de las observaciones que merecen. El eje de los cuestionamientos arranca del “sentido histórico del tiempo en que vivimos”, en palabras de González Areosa, y habilita la comprobación discriminatoria de que “fuera del ámbito meditativo y sereno de la sala de Próspero, pasaba la corriente viva de la época en que íbamos a actuar”.

Al verificar el “vago perfil de un idealismo de adolescencia”, pasan a segundo plano tanto la discutible originalidad del ideario de Rodó (o su tributo a la filosofía francesa del siglo XIX), como su consignada falta de vehemencia magistral. La explicación decisiva del fracaso ideológico consiste, según González Areosa, en la concepción “puramente estética de la vida”, en no haber abarcado “sus fuerzas primarias” ni llegado al fondo de “sus más hondos conflictos”.

En esa dirección, en el segundo editorial se examinan los conceptos de vida integral y de tolerancia a la luz de la oposición del *homo faber* y el *homo aestheticus*, con la pérdida de la noción axiológica en el último caso, que es lo que en definitiva lleva a una nueva lectura del texto de tan entrañables adhesiones adolescentes.

Tales rectificaciones, para algunos tardías, fueron señaladas con puntualidad por Zum Felde⁽³³⁾, en la medida en que confirmaban varios de sus juicios de 1919, aunque estos, a su vez, habían sido reelaborados en una visión más comprensiva.

(31) [Héctor González Areosa], “La revisión de Rodó”, en *Ariel*. Montevideo, N° 37, diciembre de 1927. pp. 1-2.

(32) [Héctor González Areosa], “La revisión de Rodó. II”, en *Ariel*. Montevideo, N° 38, setiembre de 1929. pp. 1-2.

(33) Alberto Zum Felde, “Revisión de Rodó”, op. cit. nota (6).

Si los procesos rectificatorios de Quijano y González Areosa presentaron la particularidad de las rebeldías más que de las revelaciones, el caso de Gustavo Gallinal puso en evidencia una trayectoria más compleja. Considerado por algunos el heredero literario de Rodó, trabajó sobre su maestro con la probidad de una inteligencia tan condicionada por las circunstancias históricas como liberada de prejuicios enervantes de esas mismas circunstancias. De formación y profesión católicas, el dogma religioso no lo acotó del mismo modo como a quienes recriminaron a Rodó la falta de dogma o llegaron a calificarlo como materialista⁽³⁴⁾. Los aplausos y desacuerdos que procesan otros intelectuales afiliados al catolicismo, como Dardo Regules (escrupuloso y leal hasta en el prólogo a *Los últimos Motivos de Proteo*) y Raúl Montero Bustamante (protagonista de una hasta ahora desconocida desavenencia personal con Rodó) merecerían también ser estudiados.

Gustavo Gallinal se ocupó de la obra rodoniana desde temprano, en un ensayo leído en el Instituto Histórico y Geográfico del Uruguay, el 3 de diciembre de 1917⁽³⁵⁾, el mismo año de la muerte del Maestro, ensayo de ponderación entre los reconocimientos al ilustre escritor que a esa hora solían dar lugar a euforias exegéticas y con algunas precisiones necesarias registradas con el mismo rigor. La elocuencia “a veces pomposa” que reniega de la sencillez y la naturalidad requeridas, la ausencia de “una expresión de las emociones y los sentimientos *vividios* por el escritor”, son anotadas como diferencias, ya en 1917, por este discípulo. Pero el análisis más en profundidad se habrá de escalonar en una serie de notas aparecidas la década siguiente⁽³⁶⁾. “El alma de Rodó” y “El libro póstumo de Rodó” son los principales artículos escritos por Gallinal en el proceso revisionista, pero en otros deja constancia de

(34) Raúl Montero Bustamante en la línea de reticencias a propósito de la vaguedad del ideal rodoniano, que otros habían esbozado, aporta de su cosecha: “Ni construyó una doctrina, ni utilizó un sistema, ni siquiera adoptó determinada disciplina”, en *José Enrique Rodó. Carta al Dr. Gustavo Gallinal*. Montevideo, 1918. p. 14. Por su parte, Dimas Antuña no duda en categorizar a Rodó como materialista, aunque aclara que “no con bárbara pesadez”, en *Israel contra el Ángel*, Buenos Aires, 1921. p. 48.

(35) Gustavo Gallinal, “Rodó”, en *Crítica y Arte*, Montevideo, 1920. pp. 239-297.

(36) Estas notas fueron publicadas en *La Nación* de Buenos Aires: “El camino de Paros” (24 de diciembre de 1922), “La iniciación de Rodó” (7 de junio de 1925), “Leyendo el *Ariel* de Rodó” (12 de julio de 1925), “El sentimiento de la tradición en la obra de José Enrique Rodó” (4 de octubre de 1925), “Rodó y la democracia” (10 de enero y 21 de febrero de 1925), “La crítica de Rodó” (6 de marzo y 7 de julio de 1927), “El libro póstumo de Rodó” (25 de junio de 1933) y en *La Pluma* de Montevideo: “El alma de Rodó” (Año I. Vol. III, noviembre de 1927).

diversas y moderadas reservas que apuntan, casi todas, a la imprecisión de conceptos y propuestas, pero también a la carencia de información de primera mano y de “conocimiento directo de las cosas” o al destaque insuficiente de la supresión de sufrimientos y extensión de los beneficios sociales.

Las bases de su revisión no muestran demasiada originalidad. De hecho, Gallinal marca distancia con Rodó porque “le faltaron la ironía, la sonrisa, el don de las amables confidencias”, lo que ya había sido indicado, entre otros, y mucho antes, por Luisa Luisi⁽³⁷⁾; le recrimina la exclusividad del planteo del “heroísmo” aplicado a la “gesta de la forma” y, también, la ausencia de pasión como quiebre de la monotonía. Sea como fuere, los puntos centrales de su argumentación no son otros que la primacía concedida a los problemas de la cultura (“con demasiado olvido de los otros”) y el carácter de Rodó como espectador de la vida, cuando a la hora del balance, “los caminos del porvenir –dice Gallinal, que ha sufrido el exilio y la persecución de la dictadura de Terra– están [...] más poblados de sombras”.

Angustiado por el redescubierto “problema esencial del destino humano”, con la perspectiva de las nuevas condiciones históricas y filosóficas en las que encuentra su coto, Gallinal se aleja de Rodó, tras haber sido defraudado, según confiesa y cerrando de ese modo un ciclo antiarielista, a partir de cuya clausura, las revaloraciones de Rodó y su obra se desatarían con menos complejos de culpa.

(37) “[Rodó] no es [...] un escritor que realiza su obra en el caldear vivo y trágico de la pasión”, Luisa Luisi: “Rodó” [conferencia pronunciada bajo los auspicios del Centro de Estudiantes Ariel, en el salón de actos públicos de la Universidad, el 2 de mayo de 1918], en Revista *Ariel* (Homenaje a Rodó), Montevideo, 1920. pp. 5-28.